

Cien años de la muerte de Lenin

IDEAS



XVIII

Por Fundación Disenso

ÍNDICE

CIEN AÑOS DE LA MUERTE DE LENIN: REFLEXIONES SOBRE SU FIGURA.....	4
PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS	
LENIN: LA MÁS ALTA EXPRESIÓN DEL TIRANO MODERNO.....	8
JOSÉ JAVIER ESPARZA	
LENIN FUE EL PEOR	12
HERMANN TERTSCH	
LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LENIN	16
HUGHES	
EL PRIMER DEMONIO DEL SIGLO XX	18
PEDRO FERNÁNDEZ BARBADILLO	
EL HOMBRE QUE DESTRUYÓ LA ANTIGUA RUSIA	26
DAVID ROMÁN	
LA LARGA SOMBRA DE LENIN EN ESPAÑA	30
JAVIER BILBAO	
EL LEGADO LIBERTICIDA DE LENIN EN IBEROAMÉRICA.....	35
NEHOMAR HERNÁNDEZ	
A PROPÓSITO DE LENIN.....	39
JUAN MANUEL SAYAGO	
BREVE CRONOLOGÍA DE LENIN, UN SIGLO DESPUÉS DE SU MUERTE	42
PABLO MARIÑOSO	



Lenin y Stalin en Gorki, septiembre de 1922. Fotografía de María Ilynichna Ulyanova. Library of Congress.

CIEN AÑOS DE LA MUERTE DE LENIN: REFLEXIONES SOBRE SU FIGURA

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS

Uno de los aspectos más peculiares del marxismo estriba, sin duda, en el hecho de ser una doctrina política y filosófica sometida periódicamente, al mismo tiempo, por su propia esencia y por la compleja personalidad de su fundador, a incesantes interpretaciones y revisiones y de haber sido utilizada en experiencias revolucionarias y políticas. Siempre han existido tradiciones políticas diversas evocando la autoridad de Karl Marx. Heredero de la tradición racionalista del Siglo de las Luces, del idealismo hegeliano, de los diversos socialismos emergentes y de la economía política clásica, el marxismo siempre ha tenido una doble faz, una dimensión jánica. Incluso, como señaló Raymond Aron, han existido marxismos «imaginarios».

A través de la hermenéutica de los textos marxianos, podía defenderse, como hizo Eduard Bernstein, y en la práctica Karl Kaustky, unas prácticas políticas reformistas, como instrumento de integración de la clase obrera en el régimen liberal-capitalista, pero también con miras a la transformación gradual de éste. Friedrich Engels llegó a plantear que los socialistas podrían conquistar el poder mediante el voto. El economista Joseph Schumpeter consideró posible una interpretación «conservadora» de Marx. Frente a esta perspectiva evolutiva, existieron otras interpretaciones que podríamos denominar activistas y revolucionarias, que consideraban el recurso a la violencia, a la dictadura y a la destrucción de las instituciones representativas como requisitos obligados a la hora de instaurar el socialismo.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, el legado marxista experimentó una nueva reinterpretación filosófica y política en un sentido claramente voluntarista. Significativa, en ese sentido, fue la definición del marxismo como filosofía de la praxis defendida por el neoidealista italiano Giovanni Gentile, una interpretación que sería elogiada por Lenin en sus Cuadernos filosóficos. Y seguida posteriormente por otros pensadores como Antonio Gramsci, Antonio Labriola, Georges Sorel, Georg Lukács o Karl Korsch, cada uno a su modo.

Vladimir Illich Uliánov, Lenin, de cuyo óbito se cumple este año el centenario, fue uno de los portavoces más radicales de esta interpretación voluntarista, revolucionaria y activista de la tradición marxista, aunándola con otras tradiciones específicamente rusas del pensamiento político. En la perspectiva leninista, como hubiera dicho Charles Maurras, se impone la máxima de *politique d'abord*. El conjunto de su obra, incluso las pretendidamente filosóficas, como Materialismo y empiriocriticismo, o históricas, como el desarrollo del capitalismo en Rusia, tienen como objetivo la deslegitimación política de las tendencias kantianas, positivistas o populistas en el seno del movimiento socialista. En definitiva, Lenin fue el creador del movimiento comunista moderno, una tendencia que antes del estallido de la Gran Guerra no había gozado de una apreciable influencia en el movimiento socialista. Se trataba de un fenómeno ideológico y político nuevo que nunca ocultó sus objetivos despóticos y potencialmente totalitarios. Su conquista del poder en 1917 se debió en parte a una extraña coincidencia de circunstancias históricas que nadie había podido prever. No en vano, Antonio Gramsci, definió la toma del poder por los bolcheviques como «la revolución contra El Capital». Pero fue igualmente fruto de la habilidad política de Lenin y de sus partidarios, a la hora de absorber y asimilar rápidamente todos los problemas importantes y convertirlos en instrumento de su política.

A partir de su interpretación del marxismo, Lenin elaboró una doctrina política de profundo contenido revolucionario. Su primer folleto importante, *¿Qué hacer?*, escrito en 1902, supuso el prólogo de su acción política futura. En este y otros opúsculos, como las dos tácticas de la socialdemocracia, el imperialismo, fase superior del capitalismo y posteriormente el Estado y la revolución, se plasmaron los rasgos ideológicos y políticos permanentes del bolchevismo. Lenin partía de una visión dogmática del marxismo como «verdad científica», inasequible a la crítica. Para Lenin, no podía existir movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria, y eso era el marxismo. Sin embargo, la conciencia revolucionaria no nacía espontáneamente en el proletariado que tendía al reformismo, sino que era preciso imponerla «desde fuera», para lo cual resultaba necesaria la existencia de una elite, de una vanguardia férrea y disciplinada encarnada en el partido. Consecuentemente, incluyó en su proyecto la instauración de la «dictadura del proletariado», interpretada como hegemonía absoluta de un partido único sobre el conjunto de la sociedad. Si algo caracterizó al leninismo fue su rechazo radical de las instituciones de la democracia liberal, garantes, según él, de la hegemonía de las clases dominantes y corruptoras de importantes sectores del proletariado mediante las prácticas reformistas. Complemento de esta doctrina fue la interpretación del imperialismo como fase superior del capitalismo, basado en la hegemonía del capital financiero a nivel internacional y uno de los fundamentos del reformismo socialdemócrata en las sociedades industrializadas, y que llevaba a la división territorial entre las grandes potencias. De ahí la importancia de las masas explotadas de los países subdesarrollados en la lucha contra el capitalismo.

Lenin falleció el 21 de enero de 1924. La edificación del nuevo régimen soviético, consecuencia de una sangrienta guerra civil, se desarrolló según las directrices que él había pensado. Su sucesor, Iósif Stalin, definió al leninismo como «el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria». En la práctica política cotidiana, el leninismo se convirtió en una especie de religión secular. Siguiendo el método de Donoso Cortés y de Carl Schmitt, podríamos decir que Lenin desarrolló una auténtica teología política, en la que el marxismo equivalía a la Biblia; el proletariado, al pueblo elegido; Marx, a Jesucristo o Mahoma; el partido bolchevique, a la Iglesia; la revolución, a la segunda llegada del Mesías; la fase superior del comunismo, al Milenio; y el castigo a los capitalistas, al Infierno. La consolidación del nuevo régimen significó, por tanto, un profundo desafío ideológico, político y social a los fundamentos de las sociedades occidentales: la religión, el mercado y la nación. A partir de 1917 se inició un proceso de luchas permanentes, que no finalizaría hasta 1989 con la caída del emblemático Muro de Berlín.

En ese sentido, como señaló el filósofo polaco Leszek Kolakowski, la caída del comunismo puede considerarse como un acontecimiento de profundo carácter filosófico. Y es que demostró los límites de la perspectiva fáustica inherente a las filosofías revolucionarias, la existencia de fronteras más allá de las cuales el hombre no cambia, es decir, que existe algo que podemos denominar «naturaleza humana», tanto a nivel político como económico y cultural.

Sin embargo, en la historia las victorias y las derrotas siempre son parciales y relativas. Porque la hybris revolucionaria y el espíritu fáustico permanece en la mente de no pocos pensadores que, como Slavoj Žižek, Alain Badiou, Tariq Ali, Domenico Losurdo, Antonio Negri y un largo etcétera, propugnan «repetir Lenin», e incluso sienten nostalgia de Stalin. Como movimiento político, Podemos y sus derivados han sido, y son, herederos de ese pathos revolucionario. Por todo ello, conviene estar alerta y es que, como señaló Raymond Aron, la Historia es «la tragedia de una humanidad que hace su historia, pero que no conoce la historia que ella misma hace».



Fotografía tomada a dos niños rusos durante la hambruna de 1921-1922. Fotografía de Fridtjof Nansen (1921). Fuente: Wikipedia.org

LENIN: LA MÁS ALTA EXPRESIÓN DEL TIRANO MODERNO

JOSÉ JAVIER ESPARZA

Érase una vez un anciano matrimonio, Filemón y Baucis, que vivía retirado en una ermita lejos de la civilización. Filemón y Baucis nunca habían molestado a nadie, ni nadie se había molestado por su existencia: sólo eran dos viejos que veían agotarse sus días al margen de la sociedad y sus afanes. Pero entonces llegó un poder nuevo a aquel país: un hombre que se llamaba Fausto y que había construido todo un mundo sobre la base de su sola voluntad. Filemón y Baucis quisieron mantenerse al margen del nuevo poder. Al fin y al cabo, ellos no eran nadie: apenas unos nombres comunes, un pequeño e irrelevante punto en el mapa, sólo un número en el censo. Tampoco estorbaban en nada los planes formidables

de Fausto. Pero Fausto no podía soportar que Filemón y Baucis estuvieran allí. Su mera existencia era un desafío para el gran dominador. Nada podía escapar a su voluntad de poder, tampoco aquellos dos ancianos irrelevantes. Tanto le exasperaba a Fausto la presencia de los ancianos que un día, entre sollozos de impotencia, desató su ira ante Mefistófeles. El fiel Mefistófeles entendió: esa misma noche se hizo acompañar por una cuadrilla de esbirros, acudió al lugar y quemó la cabaña de Filemón y Baucis con los ancianos dentro. Así se solucionó el «problema» de Filemón y Baucis.

LA VIOLENCIA POLÍTICA MODERNA

La historia de Filemón y Baucis es uno de los episodios más impactantes de la segunda parte del Fausto de Goethe. Es una prefiguración extremadamente gráfica de la violencia típicamente moderna y una premonición alucinante de lo que luego se llamaría totalitarismo. Ahora estamos recordando el centenario de la muerte de Vladimir Ilich Ulianov, más conocido como Lenin, y al repasar su trayectoria es imposible no recordar ese episodio fáustico. Porque Lenin fue, en realidad, Fausto y Mefistófeles a la vez, y en su llameante trayectoria arrasó innumerables cabañas de innumerables Filemón y Baucis; porque, en efecto, tampoco Lenin podía soportar la mera existencia de cualquier cosa que viviera al margen de sus planes formidables.

Prototipo absoluto del revolucionario moderno, más incluso que sus abuelos jacobinos, Lenin encarna todo lo que de criminal hay en el despliegue de las ideologías de nuestro tiempo. Por supuesto, todos los hombres de todos los tiempos han dado y recibido muerte, sufrimiento, violencia, tiranía. Pero la violencia política moderna tiene un rasgo único, singular: no mira a la víctima como a una existencia física — un enemigo al que odiar, un campo que saquear, unas personas a las que esclavizar —, sino que la considera como un problema esencialmente técnico, un número en la estadística, una incógnita en la ecuación, un punto mudo en el mapa. Con frecuencia se dice que Lenin es el inventor del totalitarismo. Ciertamente, nadie como él sistematizó el procedimiento, pero esa idea de que la víctima sólo es un número tiene un antecedente remoto: Jean-Baptiste Carrier, el ejecutor del «sistema de despoblación» con el que la Revolución Francesa exterminó a decenas de miles de campesinos y religiosos en La Vendée. Ellos, como Filemón y Baucis, sobraban en el «plan formidable» de la Revolución. Y por eso su exterminio era «legítimo».

Lo que singulariza al tirano moderno es esa conciencia de la legitimidad racional del exterminio. Lenin no era un criminal sediento de sangre. Criminal

lo fue, ciertamente, pero sin sed, o sea, con la perspectiva fría y neutra de quien considera el crimen como un procedimiento mecánico eficiente al servicio de una finalidad mayor. Esa finalidad es ideológica, evidentemente: la consecución de un plan que, además, se pretende redentor. La demencia objetiva del totalitario radica ahí: existe una idea que se considera superior, aún más, necesaria, y todo — «todo» quiere decir todo — está permitido para cubrir el objetivo. Todos los habituales tópicos leninianos (el de la «mentira como arma revolucionaria», por ejemplo) circulan en el mismo registro. En esto Lenin aporta un color muy particular a la tradición revolucionaria rusa de finales del XIX; esas gentes que Dostoievski retrató en «Los demonios», por ejemplo. El revolucionario nihilista comparte la fe alucinada en la idea como algo sagrado, pero afronta la violencia con un no sé qué de sacrificial, algo que todavía conserva un mínimo aliento humano. Lenin y los que después le seguirán, no: para él, para ellos, el asesinato es un instrumento técnico. Por eso todos los totalitarismos conocidos han desplegado mecánicas institucionalizadas de exterminio sin el menor rubor, sin el menor dolor.

PODER, PODER, PODER

¿Qué mueve a alguien a convertirse en semejante tipo de monstruo? Sobre Lenin se ha escrito muchísimo. Stephane Courtois ha explicado cómo y por qué es el padre del totalitarismo. Ahora Santiago Armesilla publica un libro sobre el derecho de autodeterminación en Lenin, y el tema va mucho más allá de la autodeterminación de los pueblos o las naciones, es más: muy posiblemente, en la interiorización individual del derecho de autodeterminación descansa buena parte de lo más cruento del mundo moderno. Esa idea de que uno es causa de sí mismo, que uno puede literalmente determinarse en sí y por sí, que uno puede afirmarse al margen de la existencia de otro... En suma, la idea de autodeterminación implica que la realidad objetiva exterior no tiene un valor significativo; en todo caso, su valor se subordina a la afirmación de uno, y si se opone, ya se sabe: tanto peor para ella. Por eso el totalitarismo termina siendo un recurso inevitable: la única forma de que la realidad responda a los propios deseos es apoderándose de ella por entero, en todos los aspectos de la vida, y suprimiendo sin contemplaciones cuanto quede fuera del plan. Filemón y Baucis.

Desde el marxismo clásico siempre se le ha reprochado a Lenin que desdeñara la realidad material objetiva en sus análisis y, sobre todo, en su práctica política. Es verdad que Lenin, en eso, siempre falló: ni los pequeños campesinos libres se unieron a la revolución (al revés, hubo que matarlos a mansalva) ni el proletariado mundial se alzó siguiendo el ejemplo soviético.

Pero si Lenin falló como teórico, por el contrario, demostró una extrema eficiencia como práctico: su capacidad para hacerse con el poder, seducir a las masas (sus masas) y construir un implacable aparato de dominación es en verdad asombrosa. Mediocre a la hora de ser Fausto, pero muy eficaz en el papel de Mefistófeles, Lenin es la más alta expresión del tirano moderno: fe ciega en las propias ideas (indistinguibles del propio interés), falta de prejuicio alguno a la hora de emplear cualesquiera métodos, dispuesto a invadirlo absolutamente todo con su sola voluntad de poder. Y al fondo, todavía humeando, millones de cabañas de Filemón y Baucis en un mundo uniforme y oscuro. El sueño de Fausto convertido en pesadilla y las víctimas del gran mal, hechas espectros, arremolinándose en torno a la momia de Vladimir Ilich Ulianov en Moscú. Hace cien años que murió Lenin. Nadie le deseará que descanse en paz.



Personas asesinadas por los bolcheviques entre diciembre de 1918 y enero de 1919 en el bosque de Palermo, Rakvere (Estonia). Fuente: arvamus.postimees.ee

LENIN FUE EL PEOR

HERMANN TERTSCH

Vladimir Ilich Ulianov, más conocido por su nombre de guerra: Lenin, murió hace ahora un siglo, tras años de ser poco más que un despojo humano que algunos, los más creyentes y por tanto más optimistas, consideran solo un adelanto del infierno que le esperaba después como justa retribución divina por el daño infinito causado a su especie. Porque Lenin, al que aún hoy los comunistas pretenden exonerar de la evolución asesina de todo el mensaje ideológico comunista, su proyecto político y trayectoria de gobierno, es el fundador y gran responsable de la bestialización de la lucha política en Rusia y del exterminio del oponente como forma de dirimir diferencias. Lenin no solo ordenó asesinatos a mansalva, sino que teorizó todo lo necesario para que otros lo hicieran después

mucho más. El mayor asesino del siglo XX no es por tanto ni Hitler, ni Stalin ni Mao, aunque mataran más millones que él. Fue él quien puso todas las bases teóricas de la lógica de estado terrorista. Y en eso estamos cien años después. Porque los estados terroristas siguen presentes y, pese al bendito terremoto histórico anticomunista de 1989, vuelven a estar aumentando. Si tienen en sus gobiernos algún admirador de Lenin, no es una broma que les diga que su vida en algún momento puede correr peligro.

El cuento comunista del «Lenin bueno, Stalin malo» que seguía al «Lenin bueno, Stalin mucho mejor» desde 1924 hasta 1953, surge en el XX Congreso de 1956 con el discurso de Nikita Jrushchov sobre los crímenes de Stalin. Tres años después de morir el carnicero georgiano el mensaje pretendía blanquear al régimen, es decir, a Lenin, concluida la lucha de poder que había liquidado a la facción perdedora, ni más ni menos estalinista que la ganadora de Jrushchov. Se pretendía que pobre Vladimiro, con un espíritu revolucionario puro y amante del pueblo en la práctica y en su labor intelectual, no habría tolerado jamás que su sucesor Stalin asesinara, deportara y torturara de la forma que lo hizo. Por supuesto, el cuento no tiene credibilidad ninguna. Aunque nadie va a discutir al «Tío Joe» Stalin su inmensa querencia a nutrir su fuerza del terror de los demás. Pero que él disfrutara con crueldades por su torcida personalidad de descreído seminarista georgiano no significa que la dinámica de terror la impusiera Stalin porque estaba ya plenamente en vigor desde el mismo momento en que Lenin tuvo el poder con el triunfo de los bolcheviques.

Se puede discutir sobre el momento en que se asientan las bases políticas y culturales para las decisiones que preceden a todas y cada una de las colosales matanzas de las ideologías redentoras del comunismo, socialismo o nacionalsocialismo. Las guerras son tan antiguas como el hombre y en ellas y en la destrucción del poder del vencido se mataba mucho. Pero el afán de exterminio desplegado y ejecutado durante todo el siglo XX por las nuevas religiones laicas de comunismo y nazismo no tiene precedentes. Y no solo por la industrialización del genocidio en el caso tan único y especial del Holocausto. O la infinita crueldad del Holodomor de la muerte por inanición de millones.

Los grandes estados de estas ideologías soviético y hitleriano hicieron inmensos esfuerzos para priorizar el asesinato y la siembra del terror como razón de Estado. Como instrumento principal de control político y social. Y eso, amigos, nadie lo tiene tan claro como el primero de ellos, Vladimir Ilich.

¿Cuándo empezó a plantearse que las ideas políticas, no solo el poder, se imponían mejor matando que sin hacerlo? ¿Cuándo se planteó que el terror

es un arma eficaz para que los individuos interioricen unas certezas que se les quieren imponer, cualquiera que fuera su relación con la verdad o la realidad más palmaria? ¿Fue durante la Revolución Francesa, en la Guerra de la Vendée de 1793 a 1796, en la que es aplastado sin piedad el pueblo por contrarrevolucionario? ¿Fue en la posterior creación de la ingeniería social que tiene en Karl Marx su sumo sacerdote?

¿O fue cuando ese grupo de desadaptados rusos ideologizados que vivían en el exilio en Europa Occidental, Lenin a la cabeza, bebiendo, debatiendo y jugando al ajedrez, fueron utilizados por el Imperio Alemán para atacar por la retaguardia a su enemigo del Imperio Zarista y generarse así ventajas en una guerra que los consumía a todos? Berlín logró parte de sus objetivos con la victoria bolchevique. Logró acabar inicialmente la guerra en el este con el acuerdo de Brest Litovsk. Pero también sabotó con éxito una transición política reformista en Rusia que podría quizás haber evitado lo peor. Y lo peor era Lenin. No sucedió y la caída de los Romanov tuvo poco después con efecto secundario la caída de los Hohenzollern en Alemania y los Habsburgo en Austria.

Lo cierto es que Lenin fue un ideólogo del crimen, como asesino perfectamente comparable a Stalin, salvo en que no tuvo tiempo ni salud para acometer la misma matanza generalizada de opositores reales y supuestos en todo el mundo. El terror rojo que se extendió e intensificó durante toda la guerra entre bolcheviques y blancos de 1918 a 1922 ya no cesó, aunque fuera adquiriendo formas distintas en años y lustros siguientes y las ejecuciones masivas ya no fueran públicas por ejemplo como lo habían sido por expreso deseo de Lenin para que el terror se extendiera lo más rápidamente posible.

La santificación de Lenin prosigue y muy especialmente en países tan enfermos por el contagio universitario de las peores falacias y los mantras más vulgares del marxismo y comunismo leninista. Ahí tenemos a nuestros periodistas y políticos del Gobierno de Sánchez actuando bajo efigies de Lenin como si nos fuera ese miserable y enfermo desarraigado de la clase media rusa de provincias que se llenó de odio cuando su hermano mayor fue muy lógicamente ejecutado por ponerle una bomba al Zar. Desde aquel choque con la justicia, sus desequilibrios mentales fueron continuos, también en su ocioso exilio con frecuentes ataques de ira y total desprecio por la suerte y los problemas de las personas de entorno, incluido del más cercano. El atentado ya en Rusia lo dejó maltrecho con tres tiros que sobrevivió y los posteriores infartos cerebrales lo llevaron al infierno referido, poco precio para todos los infiernos que él desató y sigue desatando con la promesa del asalto del cielo.

Aún hoy, tras unos 120 millones de víctimas del comunismo y decenas de millones de la respuesta ideológica criminal del socialismo nacional alemán, tenemos gobiernos como el nuestro que siguen teniendo a este asesino Lenin como un referente. Y tenemos de nuevo un peligro intenso de que las tesis del poder terrorista se impongan después de haber ganado terreno en Rusia y China otra vez, en muchos países iberoamericanos y también en España. Son defensores del estado terrorista de Lenin aquellos que han formado una alianza con criminales, ya sean terroristas ideológicos, etnicistas o narcotraficantes, para mantenerse en el poder indefinidamente desmantelando todos los mecanismos de equilibrio de poderes que las democracias pretenden. Por eso mismo hay que saber bien quién era ese Lenin que admiran muchos de los malhechores que nos gobiernan. Por la falta de una condena de Lenin — e incluso a Stalin — como la que pesa con toda justicia sobre Hitler existe una amenaza permanente de que quienes se inspiran en él una vez llegados al poder crean necesario repetir algunas de las «gestas leninistas». Enrique Santiago, secretario general del Partido Comunista de España — sí, los partidos que elogian todos crímenes bárbaros del comunismo son legales en Occidente — ya anunció que asesinaría a la familia real si se diera el caso emulando a Lenin con la familia Romanov. Ese peligro lo tenemos en España e Iberoamérica muy especialmente ahora porque los seguidores actuales del asesino de Lenin siempre están a falta de unas contrariedades más o menos dramáticas para emular a su admirado criminal.



Última fotografía de Lenin, tomada en 1923, meses antes de su muerte. Fuente: Reddit.

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE LENIN

HUGHES

Se cumplen cien años de la muerte de Lenin, que se ha beneficiado siempre de ser comparado con Stalin. Al lado de Stalin, cualquiera queda de bueno, pero si se observa alguna foto de los dos juntos, Lenin da más miedo.

Lenin era un niño de papá, como muchos aprendices de Lenin que nos ha tocado y tocará sufrir.

De los personajes así, ¿qué se celebra más? ¿la muerte o el nacimiento? En las primeras décadas, la festividad oficial en la URSS era su muerte, hasta que algo pasó. Cuando Kruschchev denunció el culto a Stalin, en los años cincuenta, el comité central del Partido decidió pasar a celebrar el nacimiento de Lenin.

Lenin, junto a Marx, era el comunismo bueno frente a las desviaciones estalinistas. Su muerte volvió a recibir más interés con la Perestroika, a finales de los años 80.

Una muerte rodeada de la habitual oscuridad comunista. Sufrió unos infartos cerebrales, pero las causas no estuvieron del todo claras. No se trataba de una cuestión pacífica. No era lo mismo que los infartos cerebrales estuvieran causados por los dos disparos que recibió o por una sobrenatural capacidad intelectual — su cerebro se donó a la ciencia soviética — a que tuvieran por causa el colesterol, humana debilidad, o la sífilis, que hubiera sido mácula moral en la integridad del heroico y divinizado camarada. Sífilis que habría contraído en París, para más inri decadente.

Lenin ya era propiedad del Comunismo antes de morir. Tras el infarto, sus últimos años los pasó en la finca Gorki, a diez kilómetros de Moscú. Su capacidad para el lenguaje quedó afectada. Tenía deficiencias motoras y cognitivas y con la excusa de proteger su salud, fue aislado de todo contacto con el exterior. Los documentos y cartas que escribió en ese tiempo fueron censurados. Cualquier texto que corrigiera una opinión previa resultaba inadmisibles para el Partido; cualquier desviación, peligrosa. El Lenin final, con el tornillo suelto, podía ser peligroso para el leninismo (ya Marx dijo no ser marxista). Entre esos documentos estuvo su Carta al Congreso, su testamento, un escrito en el que pedía cambiar de puesto a Stalin, cuya psicopatía resultaba excesiva incluso en la extrema patocracia. Su mujer guardó el texto, que tuvo una difusión muy controlada y restringida y permaneció prácticamente desconocido para el gran público hasta los noventa.

La troika, con Stalin en ella, había dado órdenes a los médicos, enfermeras y guardas que rodeaban al camarada Vladimir Ilich Ulianov de mantenerle aislado de todo contacto, comentario o influencia política. Concretamente política. Hasta su secretaria, se supo después, era informante del Politburó. Para comunicarse, Lenin podía confiar en su mujer y quizás no mucho más.

En esos meses, privado de la política, se sabe que reorientó sus intereses a la naturaleza. Aunque en la forma materialista y soviética de la agricultura.

Ni Lenin escapó al control del Comunismo.



Niña junto a su madre muerta durante la hambruna rusa entre 1921 y 1922. Fuente: Wikipedia.org

EL PRIMER DEMONIO DEL SIGLO XX

PEDRO FERNÁNDEZ BARBADILLO

Sin el ruso Vladímir Ilich Uliánov, alias Lenin, y sin el presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson, dos paladines del Bien, el siglo XX habría sido completamente diferente.

Seguramente habrían surgido los fascismos, ya que se basaban en los combatientes desencantados, aunque no hubieran contado con un elemento movilizador como el anticomunismo, nacido por las matanzas perpetradas en Rusia o la invasión de Polonia.

Quizás la Segunda Guerra Mundial no habría estallado (o de haberlo hecho no habría tenido el mismo carácter ideológico) si Wilson y Lenin, ayudados

por la masonería francesa y la soberbia inglesa, no hubieran destrozado los imperios que controlaban Europa Central ni hubieran sometido a los alemanes a un diktat.

Al fallecer con 53 años, Lenin ya había creado la URSS, cimentada sobre un mar de sangre. Y tanto su vida como la Unión Soviética se basan en la mentira.

EL REVOLUCIONARIO PROFESIONAL

Lenin decía que representaba a los obreros y campesinos y que pretendía liberarles de la explotación, pero apenas sufrió esa esclavitud del trabajo por cuenta ajena, sometido a un jefe despótico y retribuido con un sueldo mísero.

A los 47 años de edad, cuando tomó por la fuerza el poder, sólo había tenido durante menos de dos años un trabajo regular, el de pasante en un bufete de abogados. Lenin recorrió Europa y vivió en París, Berlín y varias ciudades suizas sin estrecheces. En cambio, apenas conocía su país.

Uno de sus mejores biógrafos, Dimitri Volkógonov (El verdadero Lenin), afirma que «ni en Rusia ni en el extranjero, Lenin sufrió ninguna carencia».

Vivía del dinero que le mandaba su madre, una mujer adinerada. Ésta era viuda de un inspector de escuela que por sus años de trabajo tenía el título de consejero de Estado, equivalente en grado a un general. Recibía desde 1886 una pensión de 100 rublos al mes y en 1889 había comprado una finca de unas 40 hectáreas que Lenin se negó a explotar, por lo que la arrendó a uno de esos kulaks (campesinos) odiados por su hijo. La señora también recibió una herencia de un cuñado. Al final, María Uliánova invirtió todo el dinero que tenía en bonos y depósitos bancarios, y se dedicó a cortar cupones.

Los ingresos de Lenin, según Volkógonov, consistían en las rentas de su madre; el sueldo que recibía del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (encabezaba la facción más extremista, llamada bolchevique); las donaciones que recibía de admiradores y burgueses con mala conciencia; y el dinero que robaban sus pistoleros en asaltos a bancos, que consideraban expropiaciones. También hubo casos de proxenetismo entre los forjadores de la nueva sociedad.

¿Cómo alguien criado así, que alquilaba pisos caros de cuatro habitaciones en París y se iba de vacaciones a las montañas de Suiza, podía representar

a los obreros que veían a sus hijos morir de enfermedades en sus chabolas o a los campesinos que tiraban de sus arados?

Pero Lenin no sólo usurpó la voz del proletariado, sino que traicionó a su patria y la situó al borde del desmembramiento con tal de conservar su revolución.

EL TREN SELLADO

Cuando en 1914 estalló la Gran Guerra, Lenin y su esposa, Nadezhda Krúpskaya, se hallaban en Austria. La Policía le encarceló por ser ruso, pero un camarada austriaco intercedió por él (aseguró que Lenin odiaba el zarismo) y luego le expulsó. Los socialistas y los obreros marchaban voluntarios a la guerra, incluso los socialistas rusos exiliados en Francia se alistaban en el Ejército de este país para combatir al II Reich. El nacionalismo rompía la unidad de los revolucionarios y la supuesta clase obrera internacional.

El matrimonio Lenin se instaló en Suiza y allí habrían vegetado, de no ser por los alemanes, que han sido en el siglo XX los metepatas y liantes que fueron los franceses entre los siglos XVI y XIX. En una conferencia en enero de 1917, con motivo del duodécimo aniversario de la revolución fracasada de 1905, afirmó que «los viejos» como él no asistirían a las batallas «de la revolución por llegar».

Por medio de uno de esos capitanes Araña que abundan en los círculos de conspiradores y espías llamado Alexander Parvus, los alemanes se pusieron en contacto con Lenin en la primavera de 1916, mientras en Francia se desarrollaba la batalla de Verdún y el Ejército ruso preparaba la Ofensiva Brusílov para ayudar a sus aliados (en esa ofensiva murieron o quedaron heridos más de 440.000 compatriotas de Lenin). Las negociaciones prosiguieron unos meses más con el objetivo común de que la cúpula bolchevique penetrara en Rusia.

La revolución frustrada de 1905 y la reacción de patriotismo de los rusos ante la guerra con los Imperios centrales, había persuadido a los bolcheviques de que su victoria solía podía nacer de la victoria alemana.

Por fin, después de que los servicios de espionaje británicos hubieran asesinado a Rasputín y los tumultos callejeros en Petrogrado seguidos por la renuencia del Ejército a disolverlos hubieran causado la abdicación del zar (la Revolución de Febrero, marzo en Occidente), Lenin aceptó la ayuda

de los enemigos de su patria para cruzar Alemania en un tren especial. En la estación de Zurich, Lenin se despidió con un discurso a sus camaradas: «¡Viva la revolución proletaria mundial que ha comenzado!».

Una de sus primeras actividades fue organizar turnos para el uso de los dos baños por parte de él, su esposa, su amante, Inessa Armand, y otra veintena de bolcheviques. El 16 de abril entraron en la estación Finlandia de Petrogrado.

AL SERVICIO DE ALEMANIA

Durante los meses centrales de 1917, mientras los bolcheviques conspiraban contra el Gobierno provisional y la guerra proseguía, siguieron aceptando dinero de Berlín. Los mismos alemanes que mataban rusos en el frente o los hacían trabajar para ellos, entregaban oro a Lenin y Trotski.

En marzo de 1917, los bolcheviques compraron una prensa por 260.000 rublos. Y en julio publicaban 41 diarios, con una tirada de 320.000 ejemplares al día; el principal, Pravda, tiraba unos 90.000. Además, todos los dirigentes recibían un sueldo. Los fondos los ponía Alemania.

El Gobierno de Kerenski (miembro del Partido Socialista Revolucionario y del Gran Oriente de los Pueblos de Rusia) investigó la pista de ese dinero, pero la vacilación y el legalismo del primer ministro impidieron que se detuviera a Lenin, entonces en Petrogrado, por colaboración con el enemigo. Con razón, los rojos le dieron a Kerenski el apodo del payaso.

En octubre (noviembre según el calendario gregoriano, que se adoptaría en 1918), los bolcheviques por fin dieron su golpe de Estado. Y Lenin fue elegido presidente del Sovnarkom (consejo de comisarios del pueblo) de Rusia.

EL TERROR ORGANIZADO

En diciembre de 1917, fundaron su policía política, la Cheka (cuyo decreto se conoció íntegro sólo en 1958), con la misión de detener y matar a los que consideraban sus enemigos, y además suprimieron todos los tribunales y oficios vinculados a ellos.

Los rusos blancos, que también practicaron una gran violencia en la guerra civil, jamás crearon instituciones como la Cheka. Su terror, a diferencia del rojo, jamás fue sistemático.

En septiembre de 1918, tras el atentado de Káplan contra Lenin, el Sovnarkom autorizó a la Cheka a tomar rehenes para ejecutarlos y deportar a los enemigos de clase a campos de concentración. «Mata para que no te maten», dijo el chekista Martin Latsis. Así pensaban y se comportaban los miembros del partido bolchevique, forjado por Lenin a su imagen en el exilio.

Como dice Richard Pipes (*La Revolución rusa*), Lenin fue «la fuerza rectora del Terror Rojo en todo momento». Quería construir un mundo habitado por buenos ciudadanos y esa obsesión le llevó, al igual que a Robespierre, «a justificar moralmente la eliminación de malos ciudadanos».

Cuando se suprimió formalmente la pena de muerte en la URSS, Lenin lo criticó: «¿Cómo vas a hacer una revolución sin ejecuciones? ¿Esperas eliminar a tus enemigos desarmándote tú? ¿Qué otros medios de represión hay?».

Despreció siempre a los rusos étnicos, incluso para ser sicarios: «Blando, demasiado blando es el ruso. Es incapaz de aplicar las duras medidas del terror revolucionario». Por ello, la camarilla roja recurrió a no rusos para dirigir la represión: polacos, letones, judíos, georgianos. Pronto circuló un dicho popular: «¡No busques a un verdugo, busca a un letón!».

En el siglo XVI, Iván el Terrible formó su policía política, la Oprichnina, con extranjeros, especialmente alemanes. Lenin, en el XX, imitaba al más despótico de los zares.

CEDER ANTE ALEMANIA

Aparte de fundar la Cheka y el Ejército Rojo (y relajar los requisitos para el divorcio e instaurar el aborto libre y gratuito), los bolcheviques comenzaron a negociar el Tratado de Brest-Litovsk con Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria.

El jefe de la delegación comunista fue Trotski, nombrado comisario de Asuntos Exteriores por Lenin. Éste era partidario de aceptar las desmedidas exigencias alemanas, mientras que Trotski pretendía oponerse a ellas y, ya que el Ejército se había desbandado, responder con la absurda consigna de «ni paz ni guerra».

Lenin consiguió convencer a Trotski de que aceptase la rendición, con este argumento: hasta que estallase la revolución comunista en Alemania,

Francia y Gran Bretaña, que creían inminente, la función de los bolcheviques era mantener la única revolución triunfante.

Lo explicó así: «Voy a ceder territorio al actual vencedor para ganar tiempo. Se trata de eso y de eso solamente». Cuando los bolcheviques trasladaron la capital a Moscú debido a la cercanía de los alemanes, otro camarada, Grigori Zinóniev, dijo: «El proletariado de Berlín nos ayudará a volver a Petrogrado».

Así se comprende que Lenin abandonase comarcas, provincias y países: Ucrania, Letonia, Estonia, Finlandia, Crimea, zonas del Cáucaso... El tratado lo firmó Trotski el 3 de marzo de 1918. Las tropas alemanas llegaban a las ciudades en trenes y se desplegaban pacíficamente ante el pánico de los rusos.

LA AUTODETERMINACIÓN DE LOS PUEBLOS

La capitulación de Alemania en noviembre de 1918 anuló el Tratado de Brest-Litovsk, pero otra semilla sembrada por Lenin debilitó la patria rusa: el derecho de autodeterminación.

Junto con los decretos sobre el reparto de la tierra, la paz y la nacionalización de la banca y las grandes empresas, y una convocatoria de elecciones para una asamblea constituyente (en la que los bolcheviques obtuvieron menos de 10 millones de votos de más de 40 millones emitidos), el Gobierno bolchevique promulgó una Declaración de los Derechos para los Pueblos de Rusia, firmada por Lenin y Josif Stalin, que no era entonces más que un personaje de segunda fila.

En esa Declaración, los bolcheviques proclamaron el derecho de autodeterminación, que incluía la secesión y la formación de un Estado independiente, para los diversos pueblos que componían el Imperio ruso. En las semanas siguientes nacieron diversas repúblicas, en algunos casos con ayuda alemana.

La finalidad de Lenin era debilitar a sus enemigos. Los bolcheviques lo prometían todo y a la vez: reparto de tierras, nacionalizaciones, paz, autodeterminación, socialismo, elecciones pluripartidistas, libertad de prensa, aborto, revolución mundial, aniquilamiento de los reaccionarios...

Los zaristas, liberales y socialdemócratas no sólo tenían que levantar ejércitos, combatir a los alemanes y los rojos y elaborar un programa político

(¿monarquía o república?, ¿reforma agraria o devolución de las fincas a los terratenientes?), sino, además, enfrentarse a las minorías separatistas de esos territorios.

Mientras se libraba la guerra civil (1917-1923), en la que murieron más de 10 millones de personas, varios de ellos de hambre, los bolcheviques no vacilaron en destinar docenas de millones de rublos oro para impulsar la revolución mundial. El dinero provenía del Estado, pero también del saqueo de propiedades privadas y de iglesias, y de la exportación del necesario trigo, del que Rusia había sido el primer productor mundial antes de la guerra.

Por fortuna, la revolución mundial no llegó y las que estallaron en Europa (Finlandia, Hungría y Baviera) fueron aplastadas. Además, el Ejército Rojo fracasó en sus intentos de penetrar en Polonia (1919-1921). Lenin tuvo que reconocer la independencia de Finlandia, Lituania, Letonia y Estonia, pero demostró su cinismo sobre la autodeterminación mediante la conquista del resto de países que habían proclamado su independencia, como Ucrania y Georgia.

EL MIEDO DEL ZAR ROJO

Lenin se instaló en el Kremlin de Moscú, desde el que gobernó Rusia (que pasó a llamarse URSS en diciembre de 1922) como el primer zar rojo. Pero vivió temeroso de sufrir algún atentado, él que había ordenado docenas de éstos. «Ningún zar, ni siquiera en el punto álgido del terrorismo radical temió tanto por su vida y vivió protegido como Lenin» (Pipes).

A pesar de la protección de los Fusileros Letones, le dispararon dos veces, en enero y agosto de 1918. La anarquista judía Fanni Kaplán estuvo cerca de matarle, ya que le acertó en el cuello. A ella se le asesinó sin juicio en un patio del Kremlin.

Los bolcheviques respondieron endureciendo la represión y endiosando a Lenin. A partir de ese momento, empezaron a aparecer poemas, odas y artículos glosando a Lenin, hasta compararle con Jesucristo.

El culto a la personalidad alcanzó cotas ridículas, pero omnipresentes en el país y entre los lacayos comunistas extranjeros, cuando Lenin murió, el 21 de enero de 1924. El ejemplo más palmario fue la sustitución del nombre de Petrogrado por Leningrado, el 26 de enero. En un referéndum celebrado en 1991, los vecinos recuperaron el nombre de su fundación, San Petersburgo.

«¡LENIN VIVE!»

Las verdaderas causas de su muerte son un misterio. Sufrió un ictus en mayo de 1922 y luego otros dos en diciembre de ese año y marzo de 1923. Pero hay rumores y hasta indicios de envenenamiento. En honor a él se fundó el Instituto del Cerebro, que recibió como primera donación para la investigación el cerebro de Lenin partido en 30.000 trozos, como si fueran reliquias.

Ahí nació la consigna ridícula de los ateos y que se repite cada vez que fallece un figurón de las izquierdas, sea Fidel Castro, José Saramago o Dolores Ibárruri: «¡Lenin vive!».

Le sustituyó un triunvirato formado por Zinóniev, Kámenev y Stalin, que derrotaron a Trotski. En poco tiempo, Stalin liquidó a sus camaradas y se hizo con el poder absoluto. A partir de entonces, los genocidios, las purgas, el culto a la personalidad y la paranoia oficial se volvieron desmesuradas. Los aplausos de los comunistas y de los tontos útiles que siempre acompañan a la extrema izquierda acallaron los gritos.

La principal de las mentiras rotas desde el desmoronamiento de la URSS y la apertura de algunos archivos (gran parte de la documentación sobre Lenin, sobre todo de su juventud, sigue siendo inaccesible) es la de la inocencia de Lenin en la represión. Ningún comunista es inocente.



Aproximadamente 80 cuerpos, la mayoría de ellos niños, dispuestos para ser enterrados en una fosa común en el cementerio de Buzuluk durante la hambruna rusa. Fotografía de Fridtjof Nansen (noviembre-diciembre de 1921). Fuente: Biblioteca Nacional de Noruega, Oslo.

EL HOMBRE QUE DESTRUYÓ LA ANTIGUA RUSIA

DAVID ROMÁN

En el siglo XIX, era común escuchar que el futuro sería dominado por EE. UU. y Rusia. Esto, dada la mala reputación que luego ganó el imperio zarista como estado retrógrado centralizador, puede sonar paradójico, pero es una predicción que se cumplió con bastante exactitud hasta el día en que Vladimir Ilyich Uliánov, Lenin, apareció en escena.

En 1900, el imperio ruso incluía unos 60 millones de ciudadanos de etnia

rusa, junto con una cantidad similar de ciudadanos de otras etnias, desde finlandeses y polacos hasta armenios, pasando por ucranianos y uzbekos. Ese año, la población total de EE. UU., negros, blancos, indios, etc, era solo de 76 millones.

La Unión Soviética que, gracias a los esfuerzos de Lenin y los enemigos de Rusia que le financiaron, mantuvieron y enviaron a Petrogrado en 1917 (Alemania y Austria), sucedió al imperio zarista, apenas dobló su población en las décadas siguientes hasta su extinción; EEUU más que la triplicó. En 2020, había sólo 135 millones de rusos repartidos –por primera vez desde el siglo XVI– en múltiples países surgidos del antiguo imperio ruso, lo que representa el legado fundamental de Lenin y el comunismo soviético.

Pocas personas han odiado a Rusia con el entusiasmo que mostró Lenin. Como Mao Zedong, el segundo Pablo Iglesias y el camboyano Pol Pot un típico producto de la clase medio-alta — su padre era profesor de física y matemáticas y su madre miembro de una familia típicamente burguesa, con raíces suecas, judías y siberianas — Lenin creció en una era de plena explosión económica y creativa rusa: fueron sus coetáneos Dmitri Mendeleev, creador de la tabla periódica de elementos; Igor Sikorsky, inventor de los helicópteros modernos; y Konstantin Tsiolkovsky, padre de la astronáutica, los cohetes y todos los programas espaciales del mundo.

Lenin, huérfano desde de la adolescencia, prefirió el campo menos competitivo de la política. Su carrera en los grupos radicales comunistas se disparó debido a que heredó de su cosmopolita madre una gran afinidad con los súbditos no rusos del zar, con los cuales se alió para ascender al poder.

Desde el principio, judíos como Trotski y georgianos como Stalin expresaron su entusiasmo por luchar la revolución hasta el último ruso; Felix Dzerzhinsky, un aristócrata polaco, fue el primer y sangriento directo de la Cheka, la policía secreta. Grigory Zinoviev, también judío, habló tan pronto como en 1917 de la necesidad de aniquilar a 100 millones de habitantes del imperio ruso, que a los comunistas les sobaban.

Todas las persecuciones comunistas se centraron en la clase alta y media rusa y el campesinado propietario ruso, hasta que con un Politburó igualmente dominado por georgianos, armenios y judíos se lanzó contra los ucranianos, ortodoxos como los rusos, durante el Holodomor. Fue solo después cuando otras minorías, notablemente los tártaros, alemanes y chechenos, sufrieron graves persecuciones debido a las sospechas de que

podían ayudar a los invasores nazis.

La obsesión número uno de Lenin y sus sucesores fue asegurarse que el nacionalismo ruso, en el fondo creador del estado del que se habían apropiado, no se volviera contra ellos. Algo similar ocurrió con el sionismo, visto como un pecado grave muy pronto en un estado soviético donde había tantos judíos prominentes, muchos de los cuales no pudieron evitar la sospecha de tener doble afiliación; ello explica por qué la URSS, que tanto apoyó la independencia de Israel en 1948, muy pronto cambió de parecer y se volvió hostil.

Otros nacionalismos, sin embargo, fueron fomentados como contrapeso: la república soviética de Kazajistán recibió numerosas regiones de mayoría rusa que todavía forman el arco norte de su territorio; Ucrania recibió primero el Donbás ruso y cosaco desde al menos el siglo XVIII y luego Crimea, que Lenin originalmente había dejado bajo la jurisdicción de la República Soviética Rusa; a Georgia le tocaron Abkhazia y Osetia del Sur, que habían sido parte del reino georgiano medieval; Bielorrusia prácticamente se inventó de la nada.

Lenin jamás confió en que los rusos fueran buen material para hacer la revolución mundial con la que soñaba. Cuando murió hace ahora 100 años, su principal objetivo era llevar el comunismo a Alemania, que consideraba una tierra mucho más fértil para que creciera la semilla internacionalista, luego globalista, que tanto se riega en la cercana ciudad suiza de Davos. Gracias a esta obsesión, se pudo inventar un clásico chiste soviético: «El comunismo es algo tan inútil que no funciona ni en Alemania».

Como líder, Lenin era impulsivo e inhumano. Le gustaba recordar una cita de Napoleón («*on s'engage, et puis on le verra*») que podría traducirse como «vamos contra el enemigo y ya veremos después». En un memorando de 1922, publicado en *The Unknown Lenin* (1996) del gran Richard Pipes, Lenin se congratuló de que sólo ahora «cuando en las regiones hambrientas la gente está comiendo carne humana... podemos (y por lo tanto debemos) confiscar los objetos de valor de la iglesia con la energía más salvaje y despiadada, sin dejar de aplastar cualquier resistencia».

En una impactante carta del mismo año, Lenin instó al Politburó a sofocar un levantamiento del clero en la ciudad textil de Shuya, de población 100% rusa: «Cuanto mayor sea el número de representantes del clero reaccionario y de la burguesía reaccionaria que logremos ejecutar, mejor». Un historiador ruso ha estimado que 8.000 sacerdotes y laicos fueron ejecutados

como resultado de esta carta, una gota en un mar de genocidios. Otra de sus grandes frases: «No puedo escuchar música con demasiada frecuencia. Me dan ganas de decir cosas amables y estúpidas y acariciarle la cabeza a la gente. Pero ahora hay que golpearlos en la cabeza, golpearlos sin piedad».

Podríamos sospechar que nombró sucesor a Stalin en la certeza de que solo al ser reemplazado por alguien aún más criminal y obtuso que su persona lograría una plaza de honor en la historia rusa. Hoy en día, una estatua gigante de Lenin preside Volgogrado, la antigua Stalingrado, porque Nikita Khrushchev ordenó que tiraran la estatua de sí mismo que había colocado Stalin, y a Leonid Brezhnev, su sucesor, le dio corte dejar el enorme pedestal vacío sin poner ninguna otra estatua en su lugar.

Es necesario dejar constancia de que, aparte del poder, Stalin heredó también el cocinero personal de Lenin, un hombre que antes de la guerra era el chef del lujoso Hotel Astoria de Petrogrado, favorito de Rasputín. Su nombre era Spiridon Putin, y después de la Segunda Guerra Mundial tuvo un nieto al que llamaron Vladimir, como al antiguo jefe del abuelo.

Siempre que pienso en Lenin, recuerdo otro gran chiste soviético, que muestra la idealización que se hizo de un personaje que tanto hizo para brutalizar a su propio país, y que murió a tiempo para disimularse entre la maleza. La historia es que había una vez un tren que iba al comunismo. En él estaban Lenin, Stalin y Brezhnev. El tren se detuvo en un puente caído. Lenin dijo: «Lean a la tripulación mis discursos sobre el futuro utópico a ver si se arregla el tema». No pasó nada. Stalin dijo: «Hagan fusilar a la tripulación». Aún así, el tren no se movió. Brezhnev suspiró y dijo: «Bajen las persianas y simulemos que nos estamos moviendo».



Retratos de Kalinin, Lenin y Mólotov, colocados en la Puerta de Alcalá por la Asociación de Amigos de la Unión Soviética, en 1937, en conmemoración del 20º aniversario de la Revolución Rusa. Fuente: Libre Mercado.

LA LARGA SOMBRA DE LENIN EN ESPAÑA

JAVIER BILBAO

En octubre de 1936, días antes de aquel tan célebre como distorsionado episodio del paraninfo protagonizado por Unamuno, cuenta el escritor Nikos Kazantzakis (el autor de Zorba, el griego) que apenas acudió a su despacho le saludó aquél con esta airada diatriba: «¡Estoy desesperado! Desesperado por lo que está ocurriendo en España. Se lucha, se matan unos a otros, queman iglesias, celebran ceremonias, ondean las banderas rojas y los estandartes de Cristo ¿Cree usted que esto ocurre porque los españoles tienen fe, porque la mitad de ellos cree en la religión de Cristo y la otra mitad en la de Lenin? No, en absoluto... Todo lo que está ocurriendo en España es porque los españoles no creen

en nada ¡En nada! Y como no creen en nada, están desesperados y actúan con salvaje rabia... El pueblo español se ha vuelto loco. El pueblo español y el mundo entero».

Sin ánimo de contrariar a tan enérgico carácter, no le negaremos que hubo mucho descreimiento, rabia y locura en aquellos sombríos días tanto dentro como fuera de España, pero también, ciertamente, una buena provisión de esa «religión de Lenin». Un personaje del que a la vista de su legado mejor celebrar su muerte antes que su nacimiento, de la que se cumple hoy domingo, exactamente, un centenario. Con dicho motivo podríamos recordar su doctrina sobre el terror como herramienta «utilísima» e «indispensable» — que con tanto ahínco se practicó en nuestro suelo — o tal vez repasar su legión de imitadores, como el infausto Largo Caballero alias «El Lenin español»... pero como nuestros días tienen también sus propias urgencias que atender lo más oportuno ahora será centrarnos en su encendida defensa del «derecho de las naciones a la autodeterminación», recogida en un ensayo del mismo título escrito por él en 1914 que terminaría convirtiéndose en uno de los dogmas fundamentales de la izquierda. Hasta el presente.

¿Por qué aquel texto tendría particular importancia en el contexto y la historia de nuestro país? Hace un par de semanas ya abordamos la cuestión del origen de los nacionalismos periféricos que afligen a España a partir del libro *Románticos y racistas: orígenes ideológicos de los etnonacionalismos españoles*, una obra muy apreciable que por eso merece ser objeto de análisis, debate y crítica. Como pueden leer lo dicho aquí no hará falta repetirlo todo, basta esbozar lo siguiente: si bien en su origen decimonónico tal como señala su autor eran ideologías influidas por el idealismo/romanticismo alemán, profundamente racistas y, si se quiere, proto-nazis, lo ocurrido en la primera mitad del siglo XX podría haberlas dejado plenamente obsoletas, muertas y enterradas en el cubo de la historia... de no haber sido capaces de reinventarse en buena medida gracias a Lenin.

Así, los nacionalismos periféricos, a la manera de Tarzán, en el devenir histórico soltaron una liana para agarrarse a otra sin llegar a caerse, dejando atrás sin excesivos remordimientos su afinidad doctrinal al bando derrotado en la 2ª Guerra Mundial para reencontrarse a sí mismos en el ideario ahora emergente del derecho de autodeterminación, la descolonización de posguerra y, en definitiva, el marxismo-leninismo. El primer jefe de ETA, Xabier Zumalde, decía que su ejemplo a seguir no fue el PNV, sino el Ché, el Vietcong y el FLN argelino. De la misma forma, recuerdan aquí, «Fanon fue una lectura obligatoria para los nuevos militantes de ETA», concretamente su obra *Los condenados de la tierra*, aquel libro señero de la

izquierda anticolonial con prólogo de Sartre y título inspirado en el primer verso de La Internacional. Otra obra de gran influencia en el nacionalismo vasco a partir de los años 60 fue Vasconia de Federico Krutwig, que expresamente renunciaba al catolicismo y al etnicismo de Arana — aquel que comprobó la vasquidad de los 128 primeros apellidos de su mujer antes de casarse con ella — para sustituirlos por una ancestral mitología pagana recién inventada y una fantástica visión del País Vasco como colonia sojuzgada por un imperio que debía autodeterminarse a la manera de las africanas y asiáticas. En Galicia y Cataluña podemos encontrar ejemplos en la misma línea.

Pues bien, difícilmente lo anterior hubiera sido posible sin la convicción de Lenin en el derecho de autodeterminación, primero en el texto citado que ahora analizaremos y finalmente en la propia constitución soviética, que amparó tal «derecho» de forma que terminó provocando la disolución misma del régimen, así como la de países de su órbita que también lo recogieron en sus ordenamientos legales. Fue el caso de Yugoslavia una vez los comunistas llegaron al poder en 1946, con el resultado final tristemente conocido... En el caso de nuestro país, el Partido Comunista de España, fundado en 1921, pasó a recoger esta doctrina en 1932 bajo su secretario José Díaz Ramos, que luego sería sustituido por Dolores Ibárruri, reincidente en el mismo error de reconocer «el derecho de Cataluña, Euzkadi y Galicia a disponer libremente de sus destinos», una causa para la que «la clase obrera de nuestro país, como la clase más consecuentemente revolucionaria, y que lleva en sí misma el futuro de una España socialista, debe ser la más interesada en la defensa del derecho de estas nacionalidades a la autodeterminación». En las hornadas posteriores de izquierdistas la cosa no ha mejorado.

La primera impresión que uno se lleva al asomarse al foco de la infección que es ese texto llamado El derecho de las naciones a la autodeterminación (aquí puede leerse) es la arrogancia e intransigencia con la que Lenin se expresaba, así como el dogmatismo con el que encajaba a martillazos una realidad histórica compleja en unas pocas categorías preestablecidas. El tiempo demostró lo rotundamente equivocado que estuvo en sus planteamientos, pero ahí lo vemos responder a Rosa Luxemburgo tratándola de tonta del bote con constantes alusiones personales llenas de desprecio a ella y a todo aquel que no comulgase fielmente con él, como Trotski (se entiende la deriva posterior de los acontecimientos...). El motivo central de la pugna está en la cuestión polaca, por entonces territorio sometido a Rusia y Alemania y la identificación — correcta, hay que decir — de Irlanda por Lenin como una colonia inglesa que deberá independizarse, cosa que lograría buena parte de la isla unos años después.

En su opinión, Europa occidental ya habría culminado sus respectivos procesos de construcción nacional en el periodo que va desde la Revolución francesa hasta la unificación de Alemania, pero otro cantar sería el caso del lado oriental. Ahí empiezan los problemas. Como considera que esa región no ha dado aun plenamente el paso del feudalismo al capitalismo — uniformizador de lenguas, costumbres y leyes en un mismo mercado nacional — entonces en tal heterogeneidad prefiere distinguir entre naciones opresoras (Rusia) y naciones oprimidas (toda su periferia) estableciendo así «la tarea práctica principal, tanto del proletariado ruso como del proletariado de toda otra nación: la tarea de la agitación y propaganda cotidianas contra toda clase de privilegios nacionales de tipo estatal, por el derecho, derecho igual de todas las naciones, a tener su Estado nacional».

A partir de ahí salta a la paradoja de que «el reconocimiento del derecho a la separación reduce el peligro de disgregación del Estado», comparándolo con el derecho al divorcio, cuyo reconocimiento no dañaría a los lazos familiares, sino que, dice, los reforzaría. Mediante un argumento que en España nos resulta sospechosamente familiar considera que dotar de más autonomía o independencia a cada región hará más fluida la convivencia entre todos, por ello «¿no está claro que, cuanto mayor sea la libertad de que goce la nación Ucrania en uno u otro país [dividida entre Rusia y Austria, en aquel entonces], tanto más estrecha será la ligazón de esa nación con el país de que se trate?». Más de un siglo después, convertida ya Ucrania en un Estado independiente, podemos constatar que su relación con Rusia no es muy buena. Vemos un fallo en ese argumento.

En sorprendente desconocimiento de las inercias identitarias e históricas, Lenin consideraba que «las masas de la población saben perfectamente, por la experiencia cotidiana, lo que significan los lazos geográficos y económicos, las ventajas de un gran mercado y de un gran Estado y sólo se decidirán a la separación cuando la opresión y los roces nacionales hagan la vida en común absolutamente insoportable». La realidad ha demostrado que esto es falso: la propaganda y el adoctrinamiento pueden ocultar cualquiera de esas ventajas tan evidentes e inventar cualquier opresión.

En resumen, la evidencia histórica ha demostrado clamorosamente que Lenin se equivocó: el derecho a la separación sí disgrega el Estado, no mejora la relación entre las partes, sino que la deteriora y que la población puede no llegar a ver las ventajas de la unión. No dio una. Además, está la cuestión fundamental de perfilar qué sería una nación sin Estado, con qué criterios étnicos/culturales o de otro tipo habría que trazar esas fronteras imaginarias; y que, contra lo que él sostenía («en el reconocimiento del

derecho a la autodeterminación de todas las naciones hay un máximo de democracia y un mínimo de nacionalismo»), reconocer un supuesto «derecho» de autodeterminación es, en sí mismo, una asimilación del ideario nacionalista y una ruptura de la democracia común. Por lo tanto, un referéndum de independencia en Cataluña, pongamos por caso, sería ya una derrota para toda España y un sometimiento de todos los españoles al nacionalismo catalán, por el mero hecho de celebrarlo, independientemente del resultado ¡Ojalá podamos quitarnos a Lenin de encima antes de que sea demasiado tarde dejando constancia en fechas como la de hoy de que está ya bien muerto! (aunque no enterrado).



Fusilamientos en la loma de San Juan, por orden directa de Raúl Castro. Fuente: Cubanet.org

EL LEGADO LIBERTICIDA DE LENIN EN IBEROAMÉRICA

NEHOMAR HERNÁNDEZ

La historia de la humanidad está llena de ejemplos de líderes a los que les ha da asco la libertad. Asco, o un profundo miedo a que los individuos que gobiernan desarrollen proyectos de vida guiados por ciertos márgenes de autonomía y decisión.

Se podrían escribir páginas enteras sobre las reservas y aprehensiones que han tenido muchos políticos durante siglos sobre la posibilidad de que las sociedades guiadas por algo parecido a la voluntad propia puedan llegar a buen puerto. De allí se han construido los mil y un argumentos para constreñir en el que un ciudadano puede ser dueño de su vida, encausándolo

o, a veces, sencillamente destruyéndolo para instaurar la opresión pura y dura.

Mao, Pol Pot, Hitler, Ceaucescu, Calígula, Nerón... la galería de aprehensivos respecto a las libertades es grande y atemporal; sin embargo, un connotado liberticida — en tanto pensador influyente que ha marcado los proceder de otros alérgicos a la autodeterminación de las gentes a lo largo de casi un siglo — fue sin lugar a dudas Vladimir Ilich Ulianov, mejor conocido como Lenin.

No podría ser de otra forma. Lenin, junto a los suyos, estructuró quizá el mayor experimento de control social hasta entonces conocido por la humanidad, mediante lo que luego devino en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La idea, a final de cuentas, era mantener a raya la vida de pe a pa de un conglomerado que hacia 1920 bordeaba los 150 millones de personas en Europa del este.

Probablemente la palabra clave en todo esto es «organización». Para estructurar un modelo «ordenado» a la soviética primero Lenin se convirtió en un obseso de la organización partidista, dando pie a una formación con altos niveles de burocratización, con una oficina para cada cosa y un proceso para cada cosa, sin dejar nada al azar.

Un partido altamente centralizado que conculcara libertades a diestra y siniestra sólo podía engendrar una sociedad altamente controlada, en la que no había espacio para «errores» de ningún tipo. Los precios de todo, controlados; la información, controlada; la disidencia, controlada; la vida privada de las familias, controlada. Es la obsesión por que todas las cosas marchen de acuerdo al plan, por un solo carril.

Las fobias por la libertad de Lenin son tales que se le atribuye — quizá en una carta — la aseveración de que: «Es cierto que la libertad es algo precioso, tan precioso que debe ser racionada cuidadosamente». Y así fue racionada por décadas en la URSS, en medio del más duradero régimen moderno de planificación centralizada del que se tiene noticia, acabando como todos sabemos que acabó.

Pero la historia no acaba allí. El legado de Lenin traspasó fronteras, convirtiéndose luego de su prematura muerte en el referente a seguir por varios aspirantes a tiranos de la América Hispana, quienes descubrieron — oh sorpresa — que los países que pretendían gobernar debían ser mandados a través de la mano dura y, de nuevo, una planificación cabal de todo cuanto se hacía dentro de ellos.

LOS TIRANOS IBEROAMERICANOS ENAMORADOS DEL LEGADO LENINISTA

El gran iniciador de esta tendencia fue el dictador cubano Fidel Castro, quien apenas unos meses después del triunfo de la revolución, a finales de los cincuenta, empezó a pegar gritos en público afirmándose orgulloosamente como «marxista y leninista». A renglón seguido se intensificaron los controles en todos los ámbitos dentro de la isla, produciendo niveles de miseria que hasta hoy son un manual de procedimientos de lo que hay que hacer si pretendes destruir a un país en cinco minutos.

Quizá uno de los ejemplos más acabados de la filia por controlar todo del castrismo es justamente la instauración de la llamada «libreta de racionamiento», un infame sistema ingeniado por la dictadura para determinar cuántas calorías debe ingerir un cubano al mes y, en consecuencia, asignarle la correspondiente porción de alimentos para cubrir la cuota. Curiosamente, luego de décadas de matar a los habitantes de la isla de hambre, el testamentario de Castro, Miguel Díaz-Canel, ha decidido que el sistema basado en esta cartilla ya no puede seguir sosteniéndose en pie.

Daniel Ortega en la Nicaragua sojuzgada por el sandinismo ha intentado hacer otro tanto, estructurando un movimiento para gobernar que ya no tiene conmiseración ni con la Iglesia, habiendo primero puesto presa a buena parte de quienes osaron oponérsele políticamente y enviando a la otra parte al exilio.

La obsesión del orteguismo con el control y la confiscación de las libertades es tal que hace poco su régimen se empecinó en llevar a la cárcel a religiosos que organizaban procesiones en las comunidades en las que hacen vida. Cuando el afán de manejarlo todo es tan grande, ni siquiera cabe la posibilidad de que los gobernados expresen su fe en público. Tanto más si se asume que todo lo que hace la tiranía riñe claramente con los más elementales principios cristianos.

Idénticos procedimientos adoptó en su momento Hugo Chávez en Venezuela, decantándose progresivamente hacia el camino del control sobre los más diversos ámbitos de la vida de los ciudadanos del país sudamericano.

Chávez, quien por cierto, le copió a Lenin la obsesión por edificar una poderosa formación centralizada, que luego cristalizó en el gobernante Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), terminó utilizando la enorme

riqueza del petróleo de la nación caribeña para crear una enorme red de burocracia estatal que le permitiese reducir ostensiblemente el margen de libertades de los pobladores del país.

En el ánimo por controlar todo, Venezuela — hoy gobernada por Nicolás Maduro — muestra unos niveles de ineficiencia en la gestión estatal en algunos casos comparable solamente a países devastados por guerras civiles en África y donde el correlato de la destrucción salta a la vista: cerca de ocho millones de venezolanos han abandonado el país buscando mejores perspectivas de vida en otros lados.

A final de cuentas ser leninista es compartir la obsesión por un mundo en el que todo puede ser planificado de antemano, generalmente a través de un elefantiásico e ineficiente partido centralizado que termina metiendo sus narices en todo aspecto que involucre actividad humana alguna. Y en ese particular buena parte de la izquierda hispanoamericana que ha devastado países por décadas a lo largo y ancho del siglo XX — y lo que va del XXI — siempre fue buena aprendiz.



Checoslovacos víctimas de los bolcheviques cerca de Vladivostok. Fotografía de William C. Jones (1918). Fuente: Wikipedia.org

A PROPÓSITO DE LENIN

JUAN MANUEL SAYAGO

El 21 de enero de 1924 murió en Gorki Vladimir Ilych Ulyanov, Lenin. El hombre que había cambiado el destino del mundo sucumbió tras una larga agonía. Cuando los médicos se apresuraron a hacer su autopsia se encontraron con unas arterias cerebrales colapsadas, pues sufría de aterosclerosis, que le habían causado durante esos años varios infartos cerebrales. Célebres son las fotos del que fue su sucesor y gobernó con puño de hierro, Stalin, visitándole, con un físico muy mermaado, en la mansión al sur de Moscú en la que vivió durante sus últimos años.

Los ecos de la noticia de la muerte del hombre que había fulminado el centenario régimen de los zares retumbaron en todo el mundo. El diario

mexicano El Universal abrió su número del 23 enero con un retrato de Lenin en portada y un rótulo que narraba «Lenin murió cuando Rusia más necesitaba a su líder». Los medios españoles también se encargaron de dar la noticia. Por ejemplo, El Debate le dedicó una columna, también en portada, en la que decía «Ha muerto Lenin. El fallecimiento ocurrió a las siete de la tarde del lunes a 20 kilómetros de Moscú». Además, dedicó, en segunda plana, una explicación de su biografía y del contexto soviético, en el que narraba que «la muerte del dictador encuentra a sus seguidores profundamente divididos».

Una de las anécdotas respecto a la muerte del líder soviético de mayor curiosidad, y quizá más premonitoria, fue la reacción que tuvo el entonces presidente del Consejo de Ministros del Reino de Italia, el líder fascista Benito Mussolini. Al enterarse de la noticia, el general de Bono le dijo a El Duce: «Con la muerte de Lenin, tienes un enemigo menos». A lo que Mussolini respondió: «No, tenemos un inmortal de más».

No le faltaba razón, pues la figura del dictador fue dotada de una carga simbólica casi religiosa, de construcción mitológica que no solo le convertía en el Pater Patriae soviético, sino en el libertador de los pueblos, la personificación de la causa de los oprimidos, aunque esa imagen distara mucho de lo que en realidad fue: el inventor de una ideología y de una forma de estado que acabó con millones de personas en todo el mundo a lo largo de la historia.

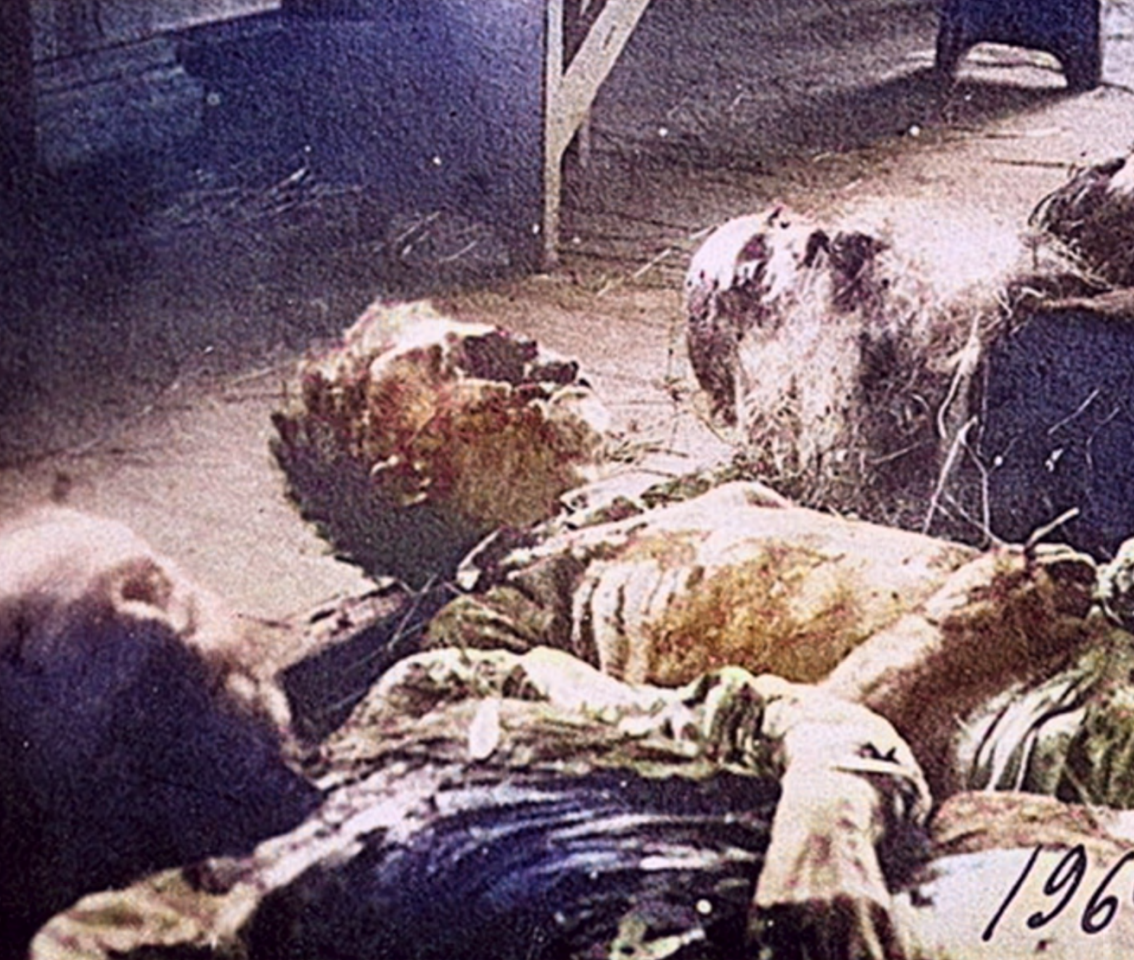
Incluso Curzio Malaparte llegó a escribir en su obra «El buen hombre Lenin» una definición sobre él que si se aproximaba más a la realidad: «Nunca Lenin peleó por la libertad... sino por el poder, nada más que por el poder. [...] A las hordas de soldados que abandonan las trincheras para volverse sobre Petrogrado, Lenin no promete la libertad, sino la venganza y la paz. A los mujiks que hacen retumbar en las campiñas el canto del gallo rojo, Lenin no promete la libertad, sino la venganza y la tierra. A los obreros que se aprietan alrededor de los oradores rojos en los patios de las fábricas, Lenin no promete la libertad, sino la venganza y el poder».

Sin embargo, la construcción del mito de Lenin, hecha ya durante su vida, se intensificó tras su muerte. En primer lugar, los estalinistas, y los marxistas del mundo, se aunaron en una afiliación: el leninismo, la doctrina del socialismo, de los hijos del país de Lenin. De hecho, insignes figuras como George Orwell, quienes estuvieron profundamente desencantadas con el devenir totalitario de Stalin, sus purgas, mentiras, control de los medios y de la verdad, su represión y recorte absoluto de las libertades,

mantenían una imagen idealizada de Lenin. Un ejemplo de ello es la asimilación — aunque sujeta a interpretación y discusión — del idealizado El Viejo Comandante de la distopía animal «Rebelión en la Granja», frente a la crítica de la degeneración del régimen soviético de Stalin o el cerdo Napoleón.

Tras su muerte, el Estado y los mandatarios soviéticos no escatimaron en realizar continuas muestras de afecto público hacia la figura de Lenin: estatuas, hagiografías sobre él, dar al nombre del dictador a la antigua capital de los zares, homenajes, nombres de plazas y de calles o celebraciones públicas. Además, embalsamaron su cadáver, lo expusieron, tras un tumultuoso funeral de estado, en un ataúd de cristal para que los soviéticos pudieran ir a rendirle tributo y ordenaron la construcción de un megalómano mausoleo en la Plaza Roja de Moscú, digno de líderes como Alejandro Magno, Ciro el Grande o Darío I.

Sin embargo, no hay que perder de vista lo que Lenin, el movimiento que encabezó y la ideología a la que dio forma significó. Lenin fue, tal y como indica Stéphane Courtois, el inventor del totalitarismo, de la extensión de un Estado hacia todos los aspectos de la vida y de la drástica reducción de la libertad, por no hablar del debate y la disidencia política. Además, el régimen que instauró fue uno de los causantes directos, junto a las otras corrientes totalitarias de Europa, del estallido de la peor guerra que ha vivido la humanidad. También de la imposición de una cosmovisión política, cuyos efectos han trascendido las fronteras y el propio colapso de la Unión Soviética.



Cadáveres de las víctimas de la masacre cometida por los bolcheviques en el Tartu Credit Center (Estonia) sucedida en 1919. Fuente: Wikipedia.org

BREVE CRONOLOGÍA DE LENIN, UN SIGLO DESPUÉS DE SU MUERTE

PABLO MARIÑOSO

Vladimir Lenin murió el 21 de enero de 1924 a la edad de 53 años en su residencia de Gorki en la región de Moscú, sin instrucciones escritas sobre el método y el lugar de su entierro. A los pocos días de su fallecimiento, y vista la voluntad popular, los dirigentes soviéticos comenzaron los planes para embalsamar el cadáver de Lenin a largo plazo. Y hoy su cuerpo yace en un mausoleo que desde 1990 es reconocido como patrimonio mundial de la UNESCO. A Lenin lo visitan aproximadamente 450.000 personas cada año, según estimó en 2017 el propio comandante del Kremlin, Sergey Khlebnikov.

Nunca antes un asesino había sido tan celebrado, claro. Cien años después de su muerte, un siglo tras la revolución comunista, Lenin continúa enterrado entre mirras y ungüentos en la famosa Plaza Roja de Moscú. Cien años han sido pocos para destruir el falso relato ruso, que pretende hacernos creer que Lenin fue sencillamente un joven intelectual, estrategia ávido, que revolucionó el modo de pensar hegemónico. Cien años que, en efecto, se nos han hecho cortos.

Poco después de la Revolución de Octubre de 1917, Rusia se sumió en una guerra civil. Y Lenin, instigador de conflicto, lideró a los bolcheviques en la contienda nacional hasta llevarlos, irremediablemente, a una espiral de violencia. El teórico abandonó los libros durante algún periodo para empuñar un arma. Pero pronto descubrió su mejor receta: poner al servicio del arma su inteligencia. Empuñar la violencia al tiempo que reflexionaba. Conjugó así violencia y maldad, porque los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz.

Su genialidad lo llevó a crear la Checa. Pese a enmendar a la totalidad el zarismo y toda forma de dominación imperial, Lenin pronto se convirtió en alumno aventajado de todo aquello cuanto decía odiar. Así, su policía soviética no tardó en suceder a la antigua Ojrana zarista, llegando incluso a emular las estructuras y formas de poder internas. El nuevo Estado socialista bien lo merecía, y la represión y ejecución de disidentes de convirtió en el pan de cada día.

Peor aún que su propio delirio fue el proceso de psicosis colectiva que afloró en el país. A través del eficazísimo método de las delaciones, de la inquina y la envidia, Lenin plantó la semilla de lo que años más tarde se convertiría en un Estado controlado por un partido, y en un partido controlado por una suerte de dictadorzuelo comunista. Atrás quedaron sus sombreros coloridos y extravagantes de Ginebra, y atrás también han quedado sus años de miseria ideológica.

El mundo, pese a todo, sigue teniendo leninistas, «en-pleno-siglo-XXI». En Rusia, China, Vietnam, Cuba, Nepal, Venezuela y hasta en el Gobierno de España, cientos de miles de personas se siguen declarando leninistas. Y aún peor, siguen pretendiendo ser coherentes. Si el leninista es alguien que ha leído a Lenin, el antileninista hoy se vuelve más importante aún: es aquel que no sólo lo ha leído, sino que, sobre todo, lo ha entendido.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura

fundaciondisenso.org